

Dr. James S. Spiegel, Ética cristiana, Sesión 5, Ética kantiana

© 2024 Jim Spiegel y Ted Hildebrandt

Les habla el Dr. James S. Spiegel en su enseñanza sobre la ética cristiana. Esta es la sesión 5, Ética kantiana.

Bien, ahora vamos a hablar sobre la ética kantiana mientras continuamos con nuestro estudio de las principales teorías morales.

Kant vivió toda su vida en la ciudad de Königsberg, Prusia, y es uno de los grandes filósofos de todos los tiempos. A veces me preguntan quiénes son los filósofos más grandes de la historia, y los tres más importantes, en lo que a mí respecta, son Kant, Platón y Aristóteles. Platón y Aristóteles, por supuesto, son las figuras más importantes que dominan la historia de la filosofía occidental, en particular a través de su influencia sobre San Agustín y Santo Tomás de Aquino, y fueron ellos quienes iniciaron muchos de estos debates en la filosofía occidental.

Cuando llegas a Kant, ya tienes 2.000 años de historia filosófica. ¿Quién puede hacer algo original en ese entonces? Kant sí que tuvo mucho pensamiento original en múltiples áreas, especialmente en epistemología, ética, estética y filosofía política. Nos dio la idea de una Sociedad de Naciones; de hecho, escribió un pequeño ensayo titulado Paz perpetua.

Si eso fuera todo lo que hubiera hecho, igualmente habría pasado a la historia, pero también realizó una labor fundamental en esos otros ámbitos. Es una figura importante que representó la Ilustración. De hecho, escribió un breve ensayo titulado Qué es la Ilustración, que fue muy influyente.

Uno de sus objetivos era sentar la ética sobre una base filosófica sólida, y quería demostrar que en realidad no se necesita ningún tipo de autoridad eclesiástica o revelación especial de Dios para conocer el bien y que los deberes básicos se pueden descubrir racionalmente. Se trata de una afirmación controvertida, pero formaba parte de la agenda de Kant como filósofo de la Ilustración. En concreto, lo que intentaba hacer en el ámbito de la ética no era sólo sentar la ética sobre una base racional sólida, sino también superar los problemas de las teorías morales consecuencialistas como el utilitarismo, que definen lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, siempre en términos de consecuencias.

Para el utilitarista, en realidad no se presta atención a los motivos. Lo que importa son las consecuencias reales de los actos que uno realiza, independientemente de las intenciones o los motivos. Kant pensaba que, en realidad, lo habían entendido al revés.

En realidad, lo más importante de todo es el motivo por el que actúas. El fundamento que te motiva a actuar es realmente decisivo a la hora de decidir si tus elecciones son correctas o incorrectas, buenas o malas. Para ello, reconoció que es necesario encontrar un principio moral supremo que gobierne todo lo que piensas, haces y eliges como agente moral.

Kant pensaba que ese principio moral supremo debe ser universal, debe ser aplicable a todo ser racional y debe ser necesario en un sentido lógico. Debe vincularnos a todos los seres racionales, de modo que para ser un pensador racional en cuestiones morales, debemos reconocer nuestros deberes y obligaciones básicos.

Si eres completamente racional, lo conseguirás. Pensaba que cualquiera que sea el principio moral supremo, debe ser tan vinculante como la ley de no contradicción y la lógica, donde ser racional es reconocer tus deberes morales al igual que reconoces tus deberes lógicos de pensar de manera coherente y no contradecirte. Comienza planteando la pregunta: ¿cuál es el único bien incondicional que podemos conocer como seres humanos? El único bien incondicional, algo que es bueno sin excepción, sin ninguna calificación, y eso, dice, es la buena voluntad.

Una buena voluntad. Una buena voluntad es aquella que actúa por sentido del deber y no por simple deseo o inclinación natural. Ya sabes, tenemos todo tipo de inclinaciones y deseos que experimentamos a lo largo de un día determinado y que no llevamos a cabo.

En otros casos, sí actuamos en consecuencia, pero también existe el deber, el sentido del deber o la obligación, que a menudo también percibimos y que siempre deberíamos cumplir, independientemente de nuestras inclinaciones y deseos. Y esto se debe a que nuestros deberes morales son un subconjunto de nuestros deberes racionales.

De nuevo, ser racional es también ser moral si somos rigurosos en este punto. Así que nuestros deberes, nuestros deberes morales, están dictados por la razón misma, en la misma medida en que la razón dicta nuestros deberes lógicos, podríamos decir. Así pues, este es el planteamiento básico de Kant.

Él cree que los seres humanos son inherentemente racionales. Eso es lo que significa ser humano: ser un animal racional, ser el tipo de mamífero que razona, que piensa lógicamente, que busca evidencias de las cosas en las que cree y se ve obligado por las evidencias. Buenas razones para comportarse como se supone que debemos hacerlo.

La moral es un subconjunto de la racionalidad. De nuevo, si eres una persona verdaderamente racional, reconocerás tus deberes morales. Kant establece una

especie de paralelo entre dos dominios de la razón, uno de los cuales es la razón teórica y el otro la razón práctica.

Así pues, la razón teórica es el ámbito o la aplicación de la razón que aspira a la verdad. Queremos saber qué es verdad. Todos buscamos la verdad.

Ya sea que nos llamemos filósofos o eruditos o no, a todos nos interesa la verdad. Eso se debe a nuestra naturaleza como seres. ¿Y cuál es nuestra guía definitiva en lo que respecta a la búsqueda de la verdad? La ley de la no contradicción.

Esa es la ley o principio fundamental de la lógica que dice que, hagas lo que hagas, no te contradigas. Si te pillan en una contradicción, si alguien te dice, ah, te has contradicho, lo único que no harás es decir, sí, ¿y qué? Si alguien te pilla en una contradicción, lo primero que haces es, no, no, no, no, lo niegas. Dices, esta es la razón por la que no me estoy contradiciendo.

Puedes defenderte con una distinción, o puedes defenderte diciendo que no entendiste lo que dije. Déjame aclararlo. Pero vas a defenderte contra esa acusación de contradecirte porque ese es el pecado capital en el dominio de la razón y la lógica.

No te contradigas. La ley de la no contradicción es nuestra guía definitiva en lo que se refiere a la búsqueda de la verdad. No afirmes y niegues una misma cosa.

Ahora bien, la razón práctica es el ámbito de la investigación racional en el que la razón se aplica a la conducta. Cuando se trata de la razón práctica, no tratamos de averiguar qué es verdad, sino cómo debemos elegir, cómo debemos comportarnos y cómo debe funcionar nuestra voluntad. ¿Qué debo querer? La razón teórica me dice qué debo pensar y creer.

En la práctica, me preocupa lo que debo elegir y cómo debo ejercer mi voluntad. Y esto también está guiado por un principio último que es paralelo a la ley de no contradicción. Y ese es un imperativo último.

Un principio de la razón que guía cómo debemos elegir y comportarnos. Ésta también es una ley objetiva de la razón. Esto es lo que Kant quiere descubrir: este imperativo o mandato que es universal, este principio moral supremo.

Así pues, aquí se trata de completar los paralelismos en el ámbito de la razón teórica. Estamos buscando la verdad. La razón práctica se refiere a la conducta.

La razón teórica se guía por la ley de no contradicción. La razón práctica se guía por este imperativo último, que él llama imperativo categórico. Y la razón teórica descubre la ley de no contradicción por la sola razón.

Asimismo, la ley de no contradicción, que rige la razón y la conducta prácticas, también se descubre sólo mediante la razón, según Kant. Por lo tanto, todo lo que necesitamos, realmente todo lo que necesitamos, para conocer al menos nuestros deberes más básicos en ética es la razón. Y esa es una idea muy ilustrada.

Los pensadores de la Ilustración se deshicieron de la autoridad religiosa y de la autoridad eclesiástica. No necesitamos ninguna guía eclesiástica ni ninguna revelación especial.

La razón por sí sola nos basta para descubrir toda la verdad que necesitamos, adquirir todo el conocimiento que necesitamos y comportarnos de manera responsable, según la cosmovisión de la Ilustración. Una vez más, Kant fue un gran pensador y profeta de la Ilustración. Bien, hablemos del imperativo categórico.

¿Qué es el imperativo categórico? Resulta que existen múltiples formas de expresarlo y articularlo, desde distintos ángulos de enfoque. Hablaremos de un par de ellos.

Una de estas versiones del imperativo categórico tiene que ver con lo que podemos universalizar, lo que podemos querer universalmente. Debido a que el imperativo categórico se parece mucho a la ley de no contradicción, ordena que no te contradigas en tu voluntad. Tal como dice la ley de no contradicción, nunca debes pensar o creer algo que contradiga algo que piensas o crees.

El imperativo categórico dice que nunca debes querer algo que contradiga tu propia voluntad. Bien, entonces evita la contradicción. Tal como se aplica en la razón teórica a lo que crees, el imperativo categórico dice que nunca debes tener una contradicción en tu voluntad.

Así pues, esta primera versión del imperativo categórico dice que sólo se debe actuar según aquella máxima que al mismo tiempo permita querer que se convierta en ley universal. Kant ilustra su teoría con diversos ejemplos, y uno de ellos es el de la falsa promesa.

Si estás pensando en hacer una promesa que sabes que no puedes cumplir para evitar un determinado problema, ¿deberías hacerlo? Si estás pensando que no vas a tener suficiente dinero para pagar la matrícula universitaria este semestre, tienes un buen amigo que sí tiene suficiente dinero, o podría prestarte, digamos, unos cuantos miles de dólares. ¿Deberías pedirle ese dinero? Estoy solo. Dile que te lo devolveré al final del semestre, sabiendo que no puedes hacerlo. No vas a tener los recursos para pagarles al final del semestre.

¿Deberías hacer eso? ¿Qué diría Kant? El primer imperativo categórico dice que siempre debemos actuar según esa máxima cuando, al mismo tiempo, podamos

convertirla en una ley universal. Bueno, ¿podrías permitir que fuera una ley universal que todo el mundo haga falsas promesas? ¿Te gustaría? ¿Lo desearías? ¿Podrías desear que la gente te haga falsas promesas de vez en cuando o todos los días? No, no queremos que la gente nos haga falsas promesas. Así que, por coherencia, por respeto a la ley moral, el imperativo categórico, que exige coherencia en mi voluntad, no puedo hacer eso.

No puedo hacer que algo que no quiero se haga universalmente. Por lo tanto, como no puedo hacer que eso sea una ley universal, entonces no debería hacerlo. Y también utiliza otros ejemplos.

¿Debería eludir el desarrollo de un talento que tengo, que es muy especial y podría ser útil para la humanidad? ¿Debería dar caridad o ayudar a otras personas que lo necesiten? ¿Debería suicidarme si me encuentro en un estado especialmente abatido? Y Kant aplica el imperativo categórico a todos esos casos, y concluye que debes desarrollar tus talentos más importantes. No debes ser un ermitaño. Debes ser caritativo y servicial con los demás que lo necesiten.

No debes divorciarte del resto de la humanidad. Y nunca debes suicidarte. Eso siempre está mal.

En cada caso, estarías violando esta primera versión del imperativo categórico si hicieras cualquiera de esas cosas. Hay otra forma de explicar este imperativo categórico.

Y eso es plantear algunas preguntas sobre lo que significa ser un ser racional. Sostiene que todo ser racional existe como un fin en sí mismo, valioso por sí mismo, no meramente como un medio para ser utilizado por otras personas.

Lo que significa ser un agente racional es que mereces respeto simplemente por lo que eres. No se te debe utilizar como un mero medio. Y lo mismo se aplica a todos los agentes racionales.

No son meros medios, son fines en sí mismos. Eso es lo que impulsó a Kant a descubrir la segunda versión del imperativo categórico, que dice: obra de tal manera que trates a la humanidad, ya sea en tu propia persona o en la de otro, siempre como un fin y nunca sólo como un medio.

Otra forma de decirlo es que no deberíamos utilizar a la gente. ¿Alguna vez alguien te ha dicho que me estás utilizando? Si alguien te dijera eso, dirías que no, que no es así. Lo negarías.

De nuevo, cualquiera que tenga un mínimo de sentido común moral reconoce que no se debe utilizar a la gente. Y si te acusan de ello, tienes que arrepentirte y disculparte

o demostrar que, de hecho, no eres culpable de utilizar a alguien. Nunca trates a la gente como si fuera un simple medio.

Esto es una violación de su dignidad como persona y no respeta debidamente su autonomía. La primera versión del imperativo categórico tiene que ver, por tanto, con la universalización.

¿Se puede universalizar una máxima o regla dada para que actúe como ley universal? La segunda versión tiene que ver con el respeto a las personas y a la autonomía personal. Pero Kant está convencido, todos los kantianos están convencidos, de que las diversas versiones del imperativo categórico (y hay otras dos de las que no vamos a hablar, pero las cuatro versiones del imperativo categórico que Kant analiza conducen a las mismas conclusiones en lo que respecta a cuestiones morales prácticas). Hablamos de una de sus cuatro ilustraciones, la de la falsa promesa.

¿Cómo funciona eso, o cómo deberíamos analizarlo bajo la segunda versión del imperativo categórico? Si te hago una promesa falsa para poder obtener unos cuantos miles de dólares de ti, para poder ir a la escuela este semestre, y luego te digo que te lo devolveré al final del semestre aunque sé que no puedo hacerlo, ese es un ejemplo clásico de usarte como un medio, un mero medio para mi fin. Entonces, la segunda versión del imperativo categórico sería tan enfática como la primera al declarar que no debes hacer esa promesa falsa. Y así es, para cualquier cuestión relacionada con la conducta o la moralidad, lo que una versión del imperativo categórico condene, todas las demás lo harán.

Y lo que uno permite, todos los demás lo permitirán. Así que ese es el imperativo categórico en dos formulaciones diferentes, y es bastante ingenioso, independientemente de lo que pienses sobre Kant y su teoría moral, llegar a una teoría que al menos hace un intento decente de colocar la ética sobre una base puramente racional. Eso es impresionante.

La pregunta es: ¿lo logra? ¿Es esto realmente suficiente para guiar toda nuestra vida moral? Entre los puntos fuertes de la teoría de Kant, sin duda pone un fuerte énfasis en el deber y la obligación. Es una teoría muy deontológica. Hemos analizado la teoría utilitarista de Mill, Bentham, Mill.

La teoría de ellos es consecuencialista, mientras que la de Kant es lo opuesto. Kant sostiene que, cualesquiera que sean las consecuencias, hay cosas buenas y cosas malas, y que podemos saber independientemente de las consecuencias.

Así pues, es una teoría muy deontológica. Y es buena, ¿no? En la medida en que pone el énfasis adecuado en el deber. Cualquier teoría moral, diríamos, desde un punto de vista cristiano, creo que todos estaremos de acuerdo en que debe dar un sentido adecuado a nuestros conceptos de deber y obligación.

Su teoría es también universal en su objetividad. Eso es bueno, ¿no? Si es una cuestión de sentido común moral que existen ciertos deberes, al menos algunos universales, y que existe cierta verdad y ética objetivas, el hecho de que una teoría como Kant afirme eso es un punto a su favor. Y, por último, ofrece una explicación adecuada o al menos decente de la justicia.

Y dar a cada uno lo que le corresponde. Podríamos hablar de varias maneras en que esto sucede, pero ese es el tipo de juicio general sobre la teoría de Kant. Y el hecho de que sea tan deontológica en su orientación, ya sabes, explica eso, que él puede entender la justicia de una manera que los utilitaristas no pueden.

Porque son muy consecuencialistas en su pensamiento. Pero la teoría de Kant tiene problemas. Por lo tanto, consideremos algunos de ellos.

Una de las principales objeciones a la ética kantiana es que pone demasiado énfasis en el deber. La idea es que, para que cualquier acción, cualquier elección que hagamos, sea moralmente apropiada o respetable, debe estar basada en un sentido del deber. ¿No es eso un poco fuerte? De hecho, demasiado fuerte.

Demasiado exigente. Déjame ilustrar esto. Supongamos que tienes un amigo que resultó herido en un accidente automovilístico.

Y decides que vas a visitar a esa persona en el hospital. Y eres un buen kantiano. Y estás considerando tu horario.

Tienes una semana muy ocupada. En realidad, no tienes mucho tiempo para ir a visitar a tu amigo. Pero por un sentido del deber, ya que es tu amigo, dices: "Debería ir a visitarlo".

Y entonces vas a visitarlos y te presentas en su habitación del hospital. Hola, Bill.

Me enteré de que tuviste un accidente. Pensé en ir a visitarte y ver cómo estabas. Y tu amigo Bill me dijo: "Vaya, gracias".

Es muy amable de tu parte pensar en mí y tomarte un tiempo de tu agenda para hacer esto. Es muy amable. Te lo agradezco.

Y luego, como buen kantiano, dices: bueno, en realidad no quería hacerlo. No estaba realmente inclinado a hacerlo, pero sentí que era lo correcto.

De hecho, me pasó por la cabeza el imperativo categórico y decidí que sí, que podía universalizarlo y que no quería tratarte como un simple medio. Así que aquí estoy y todo está bien.

En ese momento, Bill dice: ¿Qué? ¿No querías venir a visitarme? En realidad, no, pero sentí que era lo correcto. Tu amigo probablemente dirá: Bueno, ya sabes, gracias, pero no, gracias. Pensé que viniste aquí por una preocupación sincera por mí, que es lo que más valoramos, ¿no es así? No queremos que la gente actúe simplemente por sentido del deber.

Tan importante como es el deber, ¿no? Por supuesto, es algo importante, al igual que el deber, la obligación, etcétera. Pero preferimos que la gente actúe por un sentido de deseo e inclinación sinceros. Y el sentimiento de afecto hacia nosotros los motive a hacer cosas por nosotros de esa manera.

Nos visitan cuando estamos en el hospital, nos ayudan en otros momentos de necesidad o simplemente pasan tiempo con nosotros, punto. Por lo tanto, este grado de énfasis que se encuentra en la teoría moral de Kant es que, por mucho que el deber sea importante en la vida moral, no lo es todo. Realmente parece que Kant trata el deber y la obligación como si fueran toda la historia moral.

Y eso, según la mayoría de los críticos de la teoría de Kant, constituye una verdadera debilidad. Además, existe el problema adicional de los conflictos de deberes con los que nos topamos cuando aplicamos el imperativo categórico. He aquí un ejemplo clásico de lo que hace alguien que da refugio a judíos durante la Segunda Guerra Mundial y la Gestapo llama a la puerta.

¿Están ustedes albergando judíos? ¿Qué hacen? ¿Les dicen la verdad o mienten? ¿Mienten para salvar las vidas de los judíos inocentes que están en su sótano? ¿O le dicen la verdad a la Gestapo y entonces mueren todas esas personas inocentes? Decir la verdad es un valor importante, como también lo es salvar vidas inocentes. De hecho, cuando Kant aborda este tema, termina decantándose por decir la verdad en todos los casos.

En eso no cede, lo cual es un problema en sí mismo en relación con la teoría de Kant, o al menos con su manera de desarrollarla. La mayoría de nosotros diríamos: bueno, sí, basta con mentir. Salva vidas inocentes y, ya sabes, engañas a la Gestapo, les quitas sangre de las manos y salvas esas vidas.

Esa no era la opinión de Kant, pero es un dilema clásico, un dilema moral. Pero hay muchos otros casos en ética en los que hay dos valores importantes.

Son contradictorios. ¿Y qué hacemos en ese caso? Cuando el imperativo categórico parece apuntar en dos direcciones diferentes al mismo tiempo, eso es un problema. Los defensores de la teoría de Kant dirían que eso es un problema para cualquier teoría.

Pero ¿es así realmente? Y la teoría utilitarista parece que, en casos como este, cuando se trata de responder a los nazis, se puede calcular con bastante claridad qué es lo que va a producir más dolor o más placer entre las distintas opciones. Parece bastante claro que si se les miente a los nazis, eso va a conducir a consecuencias que implican mucho más placer y menos dolor que si se les dice la verdad. Así que el utilitarista no tiene ningún problema en eso.

Pero vaya, el kantiano sí lo hace. Kant simplemente afirma dogmáticamente que siempre debemos decir la verdad en cualquier caso, pero eso no resuelve realmente el problema porque no está tan claro en el imperativo categórico si esa es la opción correcta, ya que también tenemos el deber de proteger la vida, así como el deber de decir la verdad. Así que creo que este es un verdadero problema con la teoría de Kant.

Así que, aunque represente ciertos avances, mejoras en una teoría consecuencialista, tiene algunas desventajas que son bastante significativas. Por último, está esta crítica que tiene que ver con la ambigüedad de la máxima que estamos poniendo a prueba con el imperativo categórico. ¿Recuerdan el imperativo categórico? Si nos basamos en la primera versión de universalización, dice que solo debemos actuar según esa máxima o regla básica para actuar, que al mismo tiempo podríamos querer que fuera una ley universal.

Por eso no debo hacer promesas falsas. Por eso no debo robar tu libro. Por eso no debo defraudar en mis impuestos.

No puedo hacer que esas máximas sean leyes universales, pero observen que podríamos universalizar sistemáticamente una máxima muy específica, por ejemplo, robar el libro de mi vecino cuando no tengo otros medios para pagarlo y el vecino al que le estoy robando tiene suficientes recursos como para que no lo extrañe tanto. Parece que podríamos universalizar eso.

Entonces, no tendría que preocuparme de que alguien me robara en circunstancias similares porque no tengo ese tipo de recursos. Y, en cualquier caso, sería poco común. Sería mucho más raro que la gente robara libros cuando les diera la gana.

Así que hemos especificado esa máxima. La hemos hecho muy específica. Solo en circunstancias muy especiales alguien robará un libro, y en ese caso no tendré que preocuparme demasiado porque, digamos, soy bastante rico.

Así pues, podría universalizar esa máxima. Podría universalizar otras máximas siempre que les incorpore ciertas salvedades que las conviertan, si no en únicas, al menos, en circunstancias bastante raras en las que sería apropiado actuar en consecuencia. Así pues, la teoría de Kant presenta una serie de problemas que revelan graves limitaciones y demuestran, tal como vimos con el utilitarismo y la

teoría del contrato social, que, a pesar de todas las ideas y los beneficios de esta teoría, no es suficiente.

Se necesita algo más para complementar la teoría. Hay algunas otras cosas que son importantes para complementar la teoría y llegar a una teoría moral satisfactoria, considerando todos los aspectos. Eso es Kant.

Les habla el Dr. James S. Spiegel en su enseñanza sobre Ética Cristiana. Esta es la sesión 5, Ética Kantiana.